

dencia del Museo con balcón a la calle de la Aduana. Uno leía en el libro, y mirábamos el ejemplar óseo; aquéllo era aburridísimo. Una mañana mientras duraba la pesadísima lección, una verdulera en la calle gritaba ¡Alcachofas, alcachofas! ¿quién quiere alcachofas! Martínez hizo un ademán; el lector paró, y el profesor preguntó ¿Cómo se dice alcachofa en francés? Ninguno lo sabíamos. ¡*Artichant, artichant!* ¡Tienen que aprender idiomas!; siga Vd... «Hueso timpánico articulado con el escamoso...» y continuó la clase. Con Martínez Sáez no podíamos.

La asignatura de Histología, que por entonces se agregó al plan de Ciencias Naturales, la cursábamos, el último año, en la Facultad de Medicina; en donde explicaba Cajal, que era ya Premio Nóbel. Se ha dicho que Don Santiago no tenía aptitudes pedagógicas; lo cual no es cierto. Explicaba maravillosamente, dibujando en el encerado con tizas de colores. Lo que sucedía es que era asignatura del primer año de medicina, y los estudiantes atendían de preferencia a la Anatomía, que era «el hueso».

A los ocho de Ciencias, que habíamos quedado (pues uno de Huelva no volvió, y fué la primer baja de la promoción) nos colocó en el primer banco; en el que se sentaban también otros que ya eran licenciados en Medicina, o tenían otras carreras, y acudían para enterarse de Histología. El resto del aula se llenaba con la turbamulta, y en los bancos altos predominaba la bullanga.

Los sábados por la noche acudía la promoción al café de Madrid, situado entre la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, en el local que ahora es Banco Hispano Americano. Allí acordamos, que vista la situación de privilegio que teníamos en la cátedra de Histología, y en casa ajena, había que aprender la asignatura, y quedar decorosamente. El valenciano Pepet dijo, que él tenía su plan, y que con el «Claus» tenía bastante. El «Claus» era una traducción del alemán, de una zoología que tenía una veintena de páginas referentes a Histología.

Llegados los exámenes nos portamos regularmente; y a todos, por igual, nos dieron calificación de notable, incluso a Pepet; que en el momento del examen se hizo el sordo, y a cada observación que le hacían, movía la cabeza en señal de asentimiento y haber comprendido, y largaba dos o tres párrafos del Claus; hasta que le dejaron. Probablemente no engañó a Cajal, pero Don Santiago era hombre bondadoso, y le haría gracia el truco del valenciano. Este fué catedrático de la Universidad de Barcelona, y actualmente vive en su pueblo, del litoral mediterráneo; y ahora con sus 80 años auestas, sí que está más sordo que una tapia.

De aquella promoción queda también Barros de Aragón, sevillano; que ha sido catedrático en la Universidad de Sevilla, y de Antropología en la de Madrid; que cumple este año los 80, y se dedica a desempolvar manuscritos en el Archivo de Indias. Queda, así mismo, el autor de este relato, que es el más jovencito de los tres.

EDUARDO H.-PACHECO

Primavera

Lleno de luces el dorado cuerno,
que sostiene en sus manos la abundancia,
el vino nuevo de la cepa rancia
derrite el hielo del canoso invierno.

Fluye la savia en el pimpollo tierno
y el licor de la vida el aire escancia.
Recorta un fino potro su arrogancia
y trota en busca del calor materno.

Vuelve a soñar sus verdes la floresta
donde cantan las aves tibiamente
dando a los vientos su feliz auspicio

Esconde amigo la feroz ballesta,
gocemos de este sol claro y caliente,
con buen semblante y corazón propicio.

ALBERTO OLIART Y SAUSSOLS